EL LOCO DE LA GUARDILLA.

PASO QUE PASÓ EN EL SIGLO XVII,

ESCRITO EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

DON NARCISO SERRA,

MÚSICA DEL MAESTRO

D. MANUEL CABALLERO.

Representado por primera vez en el teatro de la Zarzuela el dia 9 de octubre de 1861.

TERCERA EDICION.

MADRID:
IMPRENTA DE MANUEL DE ROJAS,
Pretil de los Consejos, 3.
1862.

12

EL LOCO DE LA GUARDILLA.

PASO QUE PASÓ EN EL SIGLO XVII,

ESCRITO EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

DON NARCISO SERRA,

MÚSICA DEL MAESTRO

D. MANUEL CABALLERO.

Representado por primera vez en el teatro de la Zarzuela el dia 9 de octubre de 1861.

TERCERA EDICION.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRÁS

N.º de la procedencia
4192

MADRID:
IMPRENTA DE MANUEL DE ROJAS,
Pretil de los Consejos, 3.
1862.

PERSONAJES.	ACTORES.
MAGDALENA, beata.	Señorita Fernandez.
MIGUEL (hidalgo) 51 años.	Señor Obregon.
UN FAMILIAR DEL SANTO OFICIO, 48 años..	Señor Cubero.
JOSEF, sacristan de monjas.	Señor Caltañazor.
UN CLÉRIGO.	Señor Calvet.
UN DOCTOR.	Señor Arderíus.
Vecinos, vecinas y ronda.	

La accion en Madrid, año 1605.

Esta obra es propiedad de D. José Serra y Ortega, quien perseguirá ante la ley á quien la represente ó imprima sin su permiso.

Á LA

EXCMA. SRA. DOÑA RAIMUNDA CERIOLA
DE CARRIQUIRI.

Dedica esta obrilla como débil muestra de su invariable y amistoso cariño,

EL AUTOR.

724340

ACTO UNICO.

Guardilla humildemente alhajada al gusto del siglo XVII. Puertas laterales; mesita, taburetes, recado de escribir; una capa vieja colgada de un escudo de armas.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA, *hablando hácia la puerta izquierda.*

¿Que me vaya? Ya me voy.
¿Que le deje en paz? Muy bien;
si yo nunca quiero guerra,
descuide vuesa merced.
Está loco rematado;
¡Jesus, María y Josef!
Por mis pecados sin duda
tras de la Córte y el Rey,
para alcanzar no sé cuándo
y pretender no sé qué,
vino de Valladolid
este hermanastro Miguel,
y á título de que es deudo,
y á título de que es...
se mete en casa y los dos
nos quedamos sin comer,
ó comemos de fiado,
que sienta muy mal, pardiez:

yo quisiera... mas si no
puedo: una pobre mujer
que vive de planchar albas
para el convento que es
de las monjas Trinitarias
que trinan de pobres, ¡qué
ha de poder sustentar
á un hidalgo tan de bien,
que hasta el hambre de soldado
guardó para la vejez!
¡Y Josef sin esplicarse!
Yo que penaba por él... *(Suenan dos golpes.)*

JOSEF. *Deo gratias.* *(Dentro.)*

MAGDALENA. *Gratia plena*

JOSEF. *In nomine Patri...*

MAGDALENA. *Et*
Fili et Spiritu sancto.
Pasad, maese Josef;
há rato que os esperaba.

JOSEF. Yo beso á vuesa merced...
(Saliendo con una canastilla.)

ESCENA II.

MAGDALENA, JOSEF.

MAGDALENA. No bese nada, hermanito,
que es pecado.

JOSEF. Ya lo sé;
pero el siglo pierde al hombre
por echarla de cortés,
sin ver que las cortesías
suelen echarle á perder.

MAGDALENA. Y no es lo peor que él se pierda
sino que nos pierda.

JOSEF. Pues;
el hombre va tras la hembra,
luego la hembra tras él

y el diablo tras de los dos;
y en juntándose los tres
se arma un... el Señor nos libre
de lo que se arma.

LOS DOS. Amen.

MAGDALENA. Me trujísteis albas?

JOSEF. Sí *(Mostrando el canastillo.)*
ahí están.

MAGDALENA. Una, dos, tres,
cuatro, cinco, seis...

JOSEF. No hay más;
supongo que las tendré...

MAGDALENA. Mañana á la tarde; tengo
más prisa que suponeis,
porque como no se cobran
hasta que se entregan... pues...
y estoy con el loco tan...
(Va tendiendo las albas.)

JOSEF. La del padre Rafael
necesita unas ensanchas
hácia el collarin, porque
como su paternidad
está tan gordo, y despues
se constipa en cuanto llueve,
y llueve en Madrid tan bien
y es fuerte en estornudar,
y es obstinado en toser,
entre estornudos y toses
que hacen temblar la pared,
casi se desnuda solo.

MAGDALENA. Calle, ¿qué es esto? *(Mirando la canastilla.)*

JOSEF. ¿No veis?

MAGDALENA. Un cabo de cera.

JOSEF. Sí;
del altar de San Miguel.
Alumbrando estaba al diablo;
¡como el diablo está á los pies!...
Y yo, porque no se vea
que alumbra cera á Luzbel,
me le guardé en el bolsillo

y os le he venido á traer.

MAGDALENA. ¡Anda! ¡Chocolate y bollos!

JOSEF. Un primo de Sor Inés
es molendero, y envía
las tareas á granel,
y yo... gajes del oficio...
como que vais á tener
dos doctores de visita...

MAGDALENA. ¿Cómo dos doctores?

JOSEF. ¡Pues!
Entre el clérigo y el físico
componen dos; y ya veis,
os obliga el agasajo
de chocolate, porque
si esa gente no merienda
nunca hace nada con bien.

MAGDALENA. En todo estais.

JOSEF. ¡Ojalá!
porque á estar donde yo sé,
como en la gloria estaria
estándome siempre en él...

MAGDALENA. ¿Dónde?

JOSEF. En ese corazon.

MAGDALENA. ¡Jesus!

JOSEF. Si no estornudé;
¿por qué en lugar de Jesus
no habeis de decir Josef? (*Con mimo.*)
En ese acerico rico (*Señalando al corazon.*)
quisiera ser alfiler:
lástima que acero sea,
que tiene un filo cruel,
y yo perezco á ese filo
diciendo: «Señor, pequé.»
¡Ay, hermana!

MAGDALENA. Calle, hermano.

JOSEF. Si no puedo.

MAGDALENA. Haga un poder.

JOSEF. Dadme vos la fuerza.

MAGDALENA. ¿Cómo?

JOSEF. Dándome esperanza.

MAGDALENA. ¿Qué?
JOSEF. Por caridad
MAGDALENA. Dios le ampare.
JOSEF. Ved que padezco hambre y sed...
MAGDALENA. ¿No os dan racion?
JOSEF. De cariño.
MAGDALENA. ¿Y puedo darle?
JOSEF. Muy bien.
MAGDALENA. ¿Bástaos mi cariño?
JOSEF. *Súficit.*
MAGDALENA. ¿Qué me dais en cambio?
JOSEF. Fé.
MAGDALENA. ¿Lo jurais por estas cruces?
(*Dándole á besar las manos.*)
JOSEF. Lo juro una vez y cien. (*Besándolas.*)
MAGDALENA. Basta ya.
JOSEF. Todo el Calvario
dejádmele recorrer.
MAGDALENA. Basta ya
JOSEF. ¡Vaya unas manos
que tiene vuesa merced!
Ya estoy mejor.
MAGDALENA. Lo celebro.
JOSEF. ¡Ay, que me vuelve!
MAGDALENA. ¡Otra vez! (*Retirándose.*)
JOSEF. Hermosas cruces de nieve
en que me crucifiqué,
¿cómo es que de nieve siendo
hicísteis mi sangre arder?
MAGDALENA. Ojalá auyenten al diablo,
que como antes dijo ucé,
el hombre vá tras la hembra,
y luego la hembra tras él,
y el diablo tras de los dos,
y en juntándose los tres
se arma un...
LOS DOS. El Señor nos libre
de lo que se arma: Amen.

Música (1).

JOSEF. Tras de callar dos años
hablo al tercero,
dos años há que os miro,
veinte que os quiero.
Que mi cariño,
adivinó esa cara
desde muy niño.

MAGDALENA. Tras de callar dos años
habló al tercero,
y en dos años no ha visto
lo que le quiero;
Y es que el cariño,
aun al hombre más hombre
le vuelve un niño.

JOSEF. Yo soy un pobre
demandadero
á quien obligan
á estar soltero;
Porque las monjas
como lo están,
no consienten casado
ni al sacristan.
Y en el momento
en que violento
un suspiro de amores
se lleva el viento,
¡Ay qué tormento
pasan los sacristanes
en el convento!

MAGDALENA. Paciencia, hermano;
pues áun no es hora

(1) En la letra de la música ha habido que hacer variaciones; el lector la encuentra aquí entera.

de que me saque
de planchadora;
Porque las monjas
con santo afan,
no consienten casado
ni al sacristan.
Mas ¡ay! que al verle
con la sotana,
yo siento orgullo
de sacristana;
Y soy feliz,
siempre que plancho vuestra
sobrepelliz.

A DUO.

Cuando toco las campanas
toca
y hacen tilin,
en el alma mia suena
su retintin.
Cuando toco las campanas
toca
y hacen din don,
estremécense las fibras
del corazon.
Y será en vano
que yo te esplique
la
lo que repico
con el repique;
Mas por supuesto
que todo esto
es con buen fin.
Porque sinó,
ni vos me amais
ni os amo yó.
¡Ay, retintin,
cómo esos ojos
me hacen tilin!
Din din, din don,

cómo palpita
mi corazon.

Hablado.

JOSEF. ¡Y podeis dudar de mí,
cuando por tanto querer
me he puesto de puro pálido
más blanco que la pared!
Y ya ni limpio los santos,
ni fijo bien el dosel,
ni cómo recortaduras,
ni toco el registro bien;
y ando tan asombradizo
y tan asustado, que
hasta el perro de San Roque
pienso que me vá á morder.
¿De qué dudais?

MAGDALENA. De mi estrella.

JOSEF. ¿Y de la mia?

MAGDALENA. Tal vez.

JOSEF. De mi constancia...

MAGDALENA. Sois hombre.

JOSEF. De esa cara...

MAGDALENA. Soy mujer.

MIGUEL. Já, já, já. *(Dentro.)*

JOSEF. ¿Veis? Hasta el loco
se rie de que dudeis.

MAGDALENA. Si los locos y los niños
dicen verdad, ayer él
me dijo que vos me amábais.

JOSEF. Pues estaba cuerdo ayer,
y yo le tengo cariño;
tiene así cierto aire de...

MIGUEL. Já, já, já. *(Dentro.)*

MAGDALENA. Hoy está atroz;
rie de un modo cruel
y su risa me dá un miedo...

JOSEF. ¡Ay hermana! A mí tambien.

MAGDALENA. ¿Vendrá esa gente á curarle?

JOSEF. A curarle yo no sé,
pero vendrá de seguro;
y en sabiendo lo que es,
ó el clérigo le conjura
por si está el diablo con él,
ó le receta el empírico,
y cura ó se muere, pues;
prevenid el agasajo.

MAGDALENA. A la vecina diré
me dé el carbon y la moza
para que sirva; ¡ay Josef!
quiera Dios que el loco sane.

JOSEF. Y que me busque despues
alguna colocacion,
y que nos despose, y que...
Vuelva pronto, que estoy mal
lejos de vuesa merced.

ESCENA III.

JOSEF, *solo.*

¡Oh tiranía monjil,
que privas al sacristan
que tenga amoroso afan
de su vida en el abril!
Yo con brio juvenil
me separo de tu grey,
y pues me impide tu ley
que siendo yo libre, ame,
el buey suelto bien se lame
y me planto en la del Rey.
No permites que me esponje
el amor con sus lisonjas,
y porque vivo entre monjas
quieres que viva hecho un monj
á fé de Josef Calonje
que no me conviene el trato,
y hoy mi amor toca á rebato,

pues no es á mi amor ingrata
esa hechicera beata,
de la que soy tan beato.
Adios convento, y *laus Deo*,
y si me llegára á ver
sin dinero y con mujer,
con mujer y sin empleo,
para lograr mi deseo,
¡oh! tú mi cuñado en flor
interpondrás tu favor...
y aunque eres loco, te invoco...
¡Cuando es mi esperanza un loco,
quién duda que tengo amor!

ESCENA IV.

JOSEF, *el* CLÉRIGO *y el* DOCTOR.

CLÉRIGO. Pasad vos. (*Haciendo reverencias.*)
DOCTOR. No, vos primero.
CLÉRIGO. Pues pasemos á la par,
y lógrense así hermanar
la medicina y el clero.
JOSEF. Bien venidos.
CLÉRIGO. Bien hallado
el hermano Josef sea.

ESCENA V.

DICHOS: MAGDALENA *y una criada con el agasajo. El* MÉDICO *toma muy de prisa su chocolate; el* CLÉRIGO *lentamente y dos jícaras. Todos se levantan para que el* CLÉRIGO *eche la bendicion.*

MAGDALENA. Disimulen la tarea
y lo pobre del estrado,
que muy rico á la verdad

merecéisle ambos á dos;
escuchadme, y así Dios
os pague la caridad.
Sirve el agasajo, Juana,
y á la calle ojo avizor
por la mula del Doctor
que está atada á una ventana.

DOCTOR. Ese cuidado es en vano;
pues la enseñé con empeño,
y solamente á su dueño
deja llegar con la mano.

JOSEF. Mas si un chico... hoy es domingo.

DOCTOR. Es que mi mula es un macho
que en cuanto huele un muchacho
está ya dando un respingo;
con él y con mi mujer
fué mi enseñanza asombrosa,
solamente que mi esposa
se murió antes de aprender.

CLÉRIGO. Hermana; pues acá estamos,
diga con qué fin nos junta,
y vea qué nos pregunta,
y mande en qué la sirvamos.

MAGDALENA. En la mayor afliccion...

DOCTOR. Al querer con tal premura
juntar á médico y cura,
no anda muy lejos la Uncion.

MAGDALENA. Mi hermanastro me precisa
á mereceros favores.

DOCTOR. ¿Está enfermo?

MAGDALENA. Sí señores.

CLÉRIGO. ¿De qué está enfermo?

MAGDALENA. De risa.
En la risa su mal fundo,
porque sin duda ninguna
es la más inoportuna
que pudo haber en el mundo.
Cuando la Córte á Madrid
trasladó el Rey, que Dios guarde,
este hermanastro una tarde

llegó de Valladolid.
«Hermana,—esta fué su arenga,—
»de hoy más juntos viviremos
»y por igual partiremos,
»lo que tengo y lo que tenga;
»á pretender decidido
»por necesidad me veo,
»y os doto en teniendo empleo:
»idos buscando el marido.»
Dióme cabal el dinero
en que vendió su rocin
(que sabe Dios con qué fin
se le compró un pastelero),
y como hermanos los dos
con aquellos intereses
hemos vivido unos meses
en paz y en gracia de Dios.
Empezó su pretender
y prosiguió mi planchar,
mas yo me harté de esperar
y él se cansó de correr;
y al paso que consumir
nuestros recursos veia,
él se reia, reia,
no hacía más que reir.

CLÉRIGO. ¿Tiene cerca algun proceso
qué ganar?

MAGDALENA. ¡Ay! no señor;
de Sevilla por favor
salió, donde estuvo preso.
Por las noches se le siente
que las pasa desveladas,
paseos y carcajadas
y palmadas en la frente,
y siempre por nuestro mal
esa risa que no cesa.

MIGUEL. Já, já, já. (*Dentro.*)

MAGDALENA. ¿Oís? como esa
que tiene un eco fatal.
Su pobreza no se tapa,

porque es tanta su pobreza,
que el escudo de nobleza
le sirve de cuelga-capa;
y es tal la capa, que dudo
que le guarezca en enero,
porque por cada agujero
deja entrevér el escudo.
¡Hidalgo de capa rota
y morador de guardilla
que por falta de golilla
la ropilla se descota!
¿Cómo tras tanto cilicio
la sangre no se le frie?
¿Cómo rie? Y si se rie,
¿cómo rie y tiene juicio?
El casero, que no es lerdo,
quiere que le satisfaga,
y viendo que no le paga
sostiene que no está cuerdo:
el bachiller Bobadilla,
el que habita con su ama
el cuarto bajo, le llama
«El loco de la Guardilla.»
Corrió el mote poco á poco,
y estendióse tanto el mote
que los vecinos, á escote,
todos le llaman el loco.
Eso os pido averiguar
y decidme el nó ó el sí,
porque, ¿qué va á ser de mí
si fuera loco de atar?
A llamaros me precisa
su risa, que me dá espanto,
pues donde debe haber llanto
es locura encontrar risa;
y si es que no me equivoco,
decida mi desventura
si es mi dote una locura
como promesa de loco.

MIGUEL. Já, já, já. *(Dentro.)*

MAGDALENA. Mi corazon
desgarra ese eco funesto.
JOSEF. Doctor, ¿qué opinais de esto?
DOCTOR. Que tiene sano el pulmon.
CLÉRIGO. Es claro.
MAGDALENA. ¿Que es un orate
mi hermanastro, y se empeora?
¡Ay, es claro! *(Llorando.)*
CLÉRIGO. No señora,
yo hablaba del chocolate.
DOCTOR. Su edad...
MAGDALENA. Cincuenton ya es,
pues ha dicho muchas veces
que me dobla años con creces,
y yo peino veintitres.
DOCTOR. ¿Fué galan?
MAGDALENA. En sus verdores;
mas lo fué con tal misterio,
que hasta guarda un monasterio
el fruto de sus amores.
CLÉRIGO. ¿Fué soldado?
MAGDALENA. En lo naval;
y fuélo tan desdichado,
que por hidalgo y soldado
ni aun puede ser menestral.
CLÉRIGO. Pues señor, la inteligencia
trastornada de ese hidalgo,
debe tener causa en algo
que le pese en la conciencia.
DOCTOR. O en algun dolor tenaz
que tomar no quiera el tole,
porque cuando el *caput dole*
no se tiene el juicio en paz.
CLÉRIGO. Vamos á verle y espero...
Pasad vos, señor doctor.
DOCTOR. Señor cura, no señor;
vos debeis pasar primero:
en mí no fuera cordura
delante de vos pasar,
pues donde yo llego á entrar

ya nunca suele haber cura.

CLÉRIGO. (*Yendo á entrar al cuarto de* MIGUEL *y deteniéndose.*)
¿Estais bien segura vos
de que no muerde ni pega?

MAGDALENA. Es con todo el que se llega
afable.

CLÉRIGO. Sea por Dios. (*Entrando á la izquierda.*)

ESCENA VI.

MAGDALENA, JOSEF, *el* DOCTOR.

DOCTOR. (Bueno es que éntre otro primero.)

MAGDALENA. Quiera el Señor darle tino.

JOSEF. Hombre es que con un arenga
vence al más endurecido;
como que arenga en latin
y entre el *ergo* y el *distingo*...
ha sido predicador
en Aragon, ¡con que digo!
por terco que sea el loco...

CLÉRIGO *y* MIGUEL. Já, já, já. (*Dentro.*)

MAGDALENA. ¿Habeis oido? (*Aterrada.*)
¡Se rie tambien el cura!
Ay, si habrá perdido el juicio;
Ay, si se será la locura
contagiosa.

JOSEF. ¡San Cirilo!

DOCTOR. Oiga, hermana; puede ser,
porque por algo se dijo
eso de «un loco hace ciento,»
y varios casos se han visto
de ser una mujer loca
y volver loco al marido
y vice-versa, y pudiera
aquí suceder lo mismo.

MAGDALENA. Señor Doctor de mi alma,
éntre usarcé á ver qué ha sido.

DOCTOR. Allá voy. (Si me habla gordo
le rompo al loco el bautismo.)
(*Entra por la parte de la izquierda.*)

ESCENA VII.

MAGDALENA, JOSEF.

MAGDALENA. ¡Veis qué desgracia la mia!
JOSEF. Notable fortuna ha sido
que no entrase á verle hoy,
porque si tambien me rio.,.
MAGDALENA. ¡Adios dote! (*Llorando.*)
JOSEF. ¡Adios empleo! (*Llorando.*)
MAGDALENA. ¡Adios amor!
JOSEF. No por Cristo;
el amor existirá,
el amor es ciego y niño
y se retrata sin ropa,
y aunque nos veamos lo mismo,
nos amaremos...
MAGDALENA. Ya, pero
no nos casaremos. ¡Digo!
(*Se oye dentro una ruidosa carcajada de los tres.*)
¡Se ha contagiado el Doctor!
JOSEF. Ay hermana, esto es gravísimo;
yo tengo un miedo cerval.
MAGDALENA. Pues y yo, hermano; ¡vecinos! (*Llamando.*)
JOSEF. Vecinos... (cuanta más gente...)
MAGDALENA. Este es el dia del Juicio.

ESCENA VIII.

MAGDALENA, JOSEF *y* CORO *de vecinas y vecinos.*

CORO GENERAL. Vecina, vecina:
¿qué ocurre, qué pasa;
por qué se amotina

á gritos la casa?
¿Es fuego? ¿Ladrones?

MAGDALENA. Es mucho peor.

CORO. Decidnos la causa
de vuestro dolor.

MAGDALENA. Ya sabeis como mi hermano
á vivir se vino aquí.

CORO. Sí.

MAGDALENA. ¡Ya sabeis como hace poco
su razon se estravió!

CORO. ¡Oh!

MAGDALENA. A arengarle ha entrado un Clérigo
y lo mismo que él riyó.

CORO. ¡Oh! ¡oh!

MAGDALENA. Tras el cura entróse un Médico
y tambien se contagió.

CORO. ¡Oh! ¡oh! ¡oh!

MAGDALENA *y* JOSEF. La locura está en su cuarto
ó está en su cuarto Luzbel,
pues cual condenados rien
los que penetran en él;
prestadme ayuda, vecinos,
ved si mi pena es cruel.
su

MUJERES. Yo soy curiosa
como mujer,
y lo que pasa
quisiera ver;
marchemos de puntillas
poquito á poco,
sepamos si nos vuelve
locas el loco.

MIGUEL, MÉDICO *y* CLÉRIGO. Já, já, já.

JOSEF *y* MAGDALENA. ¿Sentís cómo se rien?

MUJERES. Ello dirá. (*Entrando asidas de las manos.*)

ESCENA IX.

DICHOS, *menos las* MUJERES.

HOMBRES. Ya lo habeis visto, hermana,
por ser curiosas,
nos dejan por un loco
nuestras esposas;
¿qué pasará?

(*Carcajadas dentro, de* MIGUEL, *el* MÉDICO, *el* CLÉRIGO *y las* MUJERES.)

JOSEF *y* MAGDALENA. ¡Cristo de la Agonía! (*Aterrados.*)

MIGUEL *y el* CORO. Já, já, já,

HOMBRES. ¡Diablo de loco!
Yo voy á ver
por qué hace gracia
á mi mujer.
Vamos, vecinos,
vamos allá;
¿quién será el último
que reirá?
Vamos con tiento,
mano al broquel;
si el loco está furioso,
paliza en él.

JOSEF. ¡Cristo les valga!

TODOS. Já, já, já.

ESCENA X.

JOSEF *y* MAGDALENA.

Hablado.

MAGDALENA. Id vos, hermano Josef.

JOSEF. Yo no me muevo ni á tiros;
que parece que en las plantas
me han engarzado tornillos;

y siento una calentura...
y siento un escalofrio... *(Va oscureciendo.)*
y así, una especie de miedo,
pero un miedo tan supino...

DENTRO. Já, já, já.

MAGDALENA. ¡Huy!

JOSEF. Cómo aprietan;
todos han soltado el mirlo:
¡ay, quién pudiera correr
y dar gusto á los tobillos!

MAGDALENA. ¿Y me dejaríais sola?

JOSEF. No, que iríamos juntitos.

ESCENA XI.

DICHOS: *Ronda con linterna y el* FAMILIAR DEL SANTO OFICIO: *el traje de este último participa de clérigo y seglar.*

FAMILIAR. ¡Aquí de la Inquisicion!

JOSEF. ¡Ay, hermana, el Santo Oficio!
Despues del fuego de amor
nos vá á reducir á cisco.

FAMILIAR. ¿Qué ocurre aquí? ¿Por qué causa
se mueve tal laberinto
que hasta en la calle se escuchan
las risotadas y gritos?
Un mulo atado á una reja
á coces deshace el piso,
y asómanse á las ventanas
las mujeres y los chicos:
á saber la causa vengo
de tamaño regocijo,
que á ser como el alboroto
debe de ser infinito.

DENTRO. ¡Já, já, já!

FAMILIAR. ¡Otra vez!

MAGDALENA. Si están dementes: ¡vecinos!

Música.

CORO. ¡Qué bueno vá!
Já, já, já;
chistoso humor
tiene el señor,
gracioso está;
já, já, já.

MAGDALENA. Salid, vecinos,
sin dilacion.

JOSEF. Porque nos busca
la Inquisicion.

CORO SALIENDO. ¿Si, éh? Chiton.

TODOS. Chiton, chiton.

ESCENA XII.

EL CORO, *el* CLÉRIGO, *el* MÉDICO, *los dichos, y á poco* MIGUEL *con unos papeles.*

Hablado.

FAMILIAR. Un médico, un sacerdote,
¡y reir con tan poco juicio!

CLÉRIGO. Dispénsenos usiría,
porque el motivo es legítimo,
y usiría cual nosotros
hubiera tambien reido;
la causa...

ESCENA XIII.

TODOS.

MIGUEL. Yo la diré. *(Saliendo.)*
Señor cura, con permiso;
que cuando la Inquisicion

manda sugeto tan ínclito,
á honrar mi pobre guardilla,
es muy santo el Santo Oficio;
no trueco, pues os cobija
el techo en que me cobijo,
por precioso artesonado
con plata y con oro rico,
que tal es la honra de hablaros
y tal el placer de oiros,
que hasta compensan el susto
que me dieron los esbirros.

FAMILIAR. ¿Conocéisme?

MIGUEL. Mucho antes
de haberos yo conocido,
muy mucho que os conocia;
pensaba en vos con cariño,
y érais en mi soledad
de mis pesares alivio.

FAMILIAR. Estimo la cortesía
y la lisonja no estimo,
que una obliga á la hidalguia,
y otra fatiga el oido.
Mas si quisiérais decirme...

MIGUEL. Entendimiento sencillo
de esta pobre hermana mia
de todo la causa ha sido:
pobre, y sin empleo, y viejo,
dime á componer un libro,
y con gracia, ó desgraciado,
yo á solas con él me rio:
por verme risueño y pobre
todos loco me han creido;
y entraron á verme todos
cuando leia un capítulo;
y ved, un loco hace ciento.
Todos rieron conmigo:
estos son los delincuentes;
este el cuerpo del delito.

(Coloca los cuadernos en la mesilla de escribir. MAGDALENA *enciende la luz en la linterna de un alguacil.)*

Pasad por él vuestros ojos,
prestadle algo de su brillo;
y si acaso os agradáre
calladlo, porque de fijo,
orgulloso de agradaros,
pudiera perder el juicio.

FAMILIAR. Favorecéisme de un modo...

MIGUEL. Ahí teneis el manuscrito;
hojeadle, tal vez ahí
halleis entretenimiento,
mientras yo relato el cuento
de cómo vos conocí.

(El FAMILIAR *se sienta á la izquierda y lee; los demás forman corro alrededor de* MIGUEL.)

Salíme yo una mañana
del sol al primer reflejo
con que su frente engalana,
por la puerta segoviana
entrada del Madrid viejo;
pensando á un tiempo, y andando,
en el cementerio dí,
sin saber cómo ni cuándo;
y es que el hombre pára allí
cuando mejor vá pensando.
Lleguéme á una reja á ver,
y lo que ví, vive Dios,
que haciame estremecer;
ví un hombre y una mujer,
y un muerto junto á los dos.
El hombre estábase grave,
la mujer, con menos calma,
soltaba al dolor la llave;
el muerto... solo Dios sabe
cómo tendria su alma.
«Que me lloreis es en vano;—
dijo el hombre con voz dura
y en estilo mondo y llano,—
ó no entierro á vuestro hermano
ó pagais la sepultura;
yo estoy en lo positivo

y mis derechos percibo,
porque no hay ley ni hay alcalde
que me haga enterrar de balde,
pues que de los muertos vivo.»
Tal oyó el hombre, y se fué
murmurando no sé qué;
la mujer rompió á llorar;
yo me mantenia en pié,
y el muerto sin enterrar.
Rompiendo por la espesura
y echando atrás la sotana,
con planta firme y segura
llegó á interponerse un cura
entre el difunto y la hermana;
y con mano poderosa
cavando con tino cierto,
quitó la yerba enojosa;
rezó, bendijo la fosa
y dió sepultura al muerto.
Su bolsa á la hermana dió
que estaba fuera de sí.
La sotana recobró,
tuve curiosidad yo,
y cuando salió, salí.
«¡Dios os bendiga!»—la hermana
gritaba con voz amiga.
Siguió; y una pobre anciana
al ver al de la sotana
gritóle—«¡Dios os bendiga!»
Mi curiosidad no cesa,
y sigo su derrotero:
hállase al Duque de Sesa,
y el Duque su mano besa
y se le quita el sombrero.
Dá en el palacio, á sazon
que el Rey estaba al balcon,
y viendo en la plaza al cura,
le saluda con ternura
y cariñosa espresion.
Siguió el cura, y yo seguí;

¿quién es,—decia entre mí,—
este hombre que por amigos
tiene duques y mendigos,
y el Rey le saluda así?
Y no llegué á conocer,
aunque iba de él tan en pos,
que era aquel ínclito ser
en quien juntar quiso Dios
virtud, ingénio y saber.
Aunque le siguió anhelante
no pudo mi vista ciega
leer su nombre en su semblante.
Era... el que teneis delante;
Frey Félix Lope de Vega.

(*Señalando al* Familiar: *todos se inclinan con respeto;* Lope *se levanta con humildad.*)

Hoy que en mi casa os contemplo
siento alegría sin tasa;
que pues tan notable ejemplo
ha venido á honrar mi casa,
de hoy más, mi casa es un templo;
vuestro nombre bendecido,
por siempre en bronce y en piedra
guardará España esculpido.

Lope. ¿Y el vuestro?

Miguel. Está en el olvido:
Miguel Cervantes Saavedra.
Las comedias que escribí,
casi por amor de Dios
en los corrales metí,
y cuando empezásteis vos
á cantar, yo enmudecí.

Lope. ¡Silencio injusto y cruel!
pues mientras tanto que fiel
conserve la raza hispana
su rica habla castellana,
hablará de vos, Miguel. (*Alzando el manuscrito.*)
Yo no sé si valgo algo,
mas por bien corta revancha
diera todo lo que valgo,

por vuestro ingenioso hidalgo
Don Quijote de la Mancha.
Fama lograreis sin par,
vos que tal libro lograis,
os lo puedo asegurar;
yo escribí, y vos alcanzais
El premio del bien hablar.
Famoso os hará el Quijote,
y no es canto de poeta
el daros famoso mote,
es que con voz de profeta
os lo dice el sacerdote;
bien haya el ruidoso son
que fijando mi atencion
aquí me trujo no en vano:
Cervantes, ¿me dais la mano?

Miguel. La mano y el corazon.

Lope. (*Sacando con timidez su bolsa*).
¿Sois mi amigo?

Miguel. A no dudar.

Lope. Pues amigo, vuestro ajuar...
dice...

Miguel. Antes de concluir
ved lo que vais á decir,
que me podeis humillar.

Lope. Sois altivo, lo concibo.

Miguel. Quedéme manco en Lepanto,
en Argel serví cautivo;
y he sufrido tanto, tanto,
que merezco ser altivo.
Ya usará la proteccion (*Alto.*)
para la colocacion
de un pariente. ¿Me equivoco,
maese Josef?

Josef (*enternecido*). Este loco
tiene muy buen corazon.

Magdalena. ¡Qué contenta estoy!

Josef. Yo más.

Doctor. Sospecho, por Barrabás,
que de estos locos hay pocos.

CLÉRIGO. Consiste eso en que los locos
hemos sido los demás.
LOPE. Señores, salgamos ya.
Idme á ver. (A MIGUEL.)
MIGUEL. No faltaré.
LOPE. Vecina mi casa está,
y hay un jardinito, que
perfume y sol nos dará;
estrechad la mano amiga,
y tras el inquisidor
toda la vecindad siga.
(MIGUEL *le besa la mano.*)
MAGDALENA. Señor, dejadme que os diga...
¡Dios os bendiga, señor!

ESCENA ÚLTIMA.

MIGUEL, MAGDALENA.

MIGUEL. ¡Lope! ¡El gozo me enagena!
pero mi cerebro abrasa...
¿Hay que cenar, Magdalena?
MAGDALENA. Ni bocado en la alacena,
ni otra luz que ésta en la casa.
MIGUEL. ¡Paciencia! (*Con dolor.*)
MAGDALENA. Mas ya os darán
por ese libro mañana,
buscándole con afan,
lo que pidais.
MIGUEL. ¡Ay, hermana!
Quiera Dios que nos dén pan.
(*El coro canta dentro.*)
Gracioso está,
qué buen humor
tiene el autor;
¡já, já, já, já!
MAGDALENA. ¡Cuál rien por tu obra buena!
Si supieran que no cena

el autor, mal que le pese,
no se holgáran tanto.

MIGUEL. (*Sentándose á escribir.*) Ese
es el vulgo, Magdalena.
Ven, tú á rezar, yo á escribir;
y pues me vas á escuchar,
¡yo te prohibo decir
que he cesado de reir...
aunque me sientas llorar!
(*El coro muy lejos, canta dentro.*)
Gracioso está,
qué buen humor
tiene el autor;
¡já, já, já, já!

MIGUEL. Si Lope me adivinó
al darme famoso mote,
la pátria ingrata no vió
que Cervantes no cenó
cuando concluyó el QUIJOTE.

FIN DE LA ZARZUELA.

Con el mismo pensamiento de este *Paso* en su primera parte, ha escrito el eminente literato Sr. Hartzenbusch un bellísimo cuento titulado: *La locura contagiosa;* de su escrito nació la idea del mio; ¡ojalá pudiera imitarle, siquiera fuese remotamente!

Habiendo examinado esta obra dramática, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 20 de junio de 1861.—El Censor de teatros, *Antonio Ferrer del Rio.*